



RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo II

## SOPRE LAS RODILLERAS

(Para LA NACION)

SALAMANCA, octubre de 1913.

¡La forma! ¡la forma! Sí, estoy conforme con usted: ¡la forma! Pero entendámonos, porque eso que usted condena en nombre de la buena forma es, como tal forma, tan buena, si no mejor, como la que usted tiene por óptima.

Sí, ya sé que usted prefiere una oveja Shorthorn por creerle de mejor forma que una buena oveja francesa que dé más carne; ¿pero de dónde saca usted que su forma es mejor? ¿Va usted a pretender lo exclusivo del sentido estético? Y esto es lo que yo le digo, que desconfíe usted de su gusto.

No lo dude, donde entra el snobismo de las buenas formas, el buen gusto, el verdadero buen gusto, el de un artista educado en las seculares tradiciones del gran arte, ese buen gusto no existe. Así, por ejemplo, yo sé que al llegar a ese su pueblo un sujeto que iba precedido de fama de buen artista exclamaron ustedes, los de la pandilla a que usted pertenece: «¿y trae los pantalones con rodilleras? ¡bah!». Y yo les digo a ustedes que unos pantalones no tienen carácter, no tienen expresión, y por tanto carecen de valor artístico, hasta que no tienen rodilleras. Lo ridículo, lo feo, lo de mal gusto, lo de pésimo gusto, es un mocete un tilingo cualquiera, que va como un maniquí llevando unos pantaloncitos sin rodilleras y con su pliegue en medio, como si acabaran de salir de la sastrería. Porque no hay que olvidar que el sastre se hizo para el hombre y no el hombre para el sastre.

Hasta que no se ha usado un traje, algún tiempo, hasta que no se ha adaptado a su queño, hasta que no ha tomado los pliegues y arrugas que corresponden a los movimientos y actitudes de éste, no puede decirse que ese traje «expres» a su amo. Cada uno hace las rodilleras a su modo. Y un traje no adquiere personalidad expresiva hasta que no se la da el que lo gasta.

Ahora, ya presumo yo lo que a ustedes les pasa y es que odian la personalidad, el carácter. ¡Se comprende! Como no pueden ustedes distinguirse por sí hacen que el sastre les distinga de los que no pueden pagar trajes como los que ustedes llevan.

La cosa no consiste en el traje, señor mío, sino en la manera de llevarlo. Y hay mendigo que lleva sus andrajos con más distinción y más elegancia que usted ese terno que le ha hecho el sastre de moda o que se trajo usted de Londres.

Creo que no me rechazará usted a don Diego Velázquez de Silva como maestro de buen gusto y de elegancia. Si hay escuela de buen gusto es la de sus cuadros. Pues bien, Velázquez que pintó a Esopo y a Menipo tan distinguidos en sus andrajos, créame que si viviera hoy no le tomaría a usted por modelo de ninguno de sus cuadros.

¡Sí, sí, la forma, tiene usted razón, la forma! Pero hay formas de formas. Y usted, goloso de superficialidad, odia lo personal, odia lo expresivo, odia lo fuerte. Y es usted lo mismo en sus gustos lite-

rarios y hasta... filosóficos. Porque se permite usted leer algo de filosofía, vamos al decir, aunque estaría mejor dicho de sastrería filosófica. Y también aquí, en literatura y en eso que usted cree que es filosofía le molestan las rodilleras, es decir lo expresivo, lo personal, lo característico. Mejor que molestarle sería decir que le levantan a usted dolor de cabeza. Porque lo que usted quiere es literatura de última moda y además de maniquí, con su plieguecito en medio. Hasta me figuro que cuando recibe usted de París la última novela lo primero que hace es olerla, por si huele a tinta de imprenta fresca. Y se preocupará usted, como si lo viera, de que los libros estén bien presentados. Y de seguro que entre dos revistas, una más sustanciosa y nutrida, y otra más a propósito para que maten las horas hojeándola y viendo sus grabados las señoritas, se quedará usted con esta segunda. Y buena pro le hagan esos gustos.

Dice usted que le encanta la literatura francesa y que la conoce bastante bien. Pero apuesto cualquier cosa a que no ha leído usted a casi ninguno de los grandes clásicos de esa literatura tan profundamente clásica. A un compinche de usted le hablé una vez de Pascal; me torció el gesto y saqué en consecuencia que se figuraba que Pascal tenía el estilo lleno de rodilleras. Y no se equivocaba.

Hace unos años un compatriota de usted, hombre culto e inteligente y de gran amplitud de gustos e independencia de criterio, aunque algo contagiado de eso de las buenas formas—que yo no creo buenas—decía escribiendo sobre mi estilo que me suele faltar «de común» y que empleo expresiones que entre los que aborrecen las rodilleras sobre todo suenan a algo... «shocking». Citaba, en apoyo de su aserto, dos de esas mis chocantes expresiones que yo no quiero reproducir aquí por no herir los delicados oídos de usted, señor mío.

Sí, sí, formas, sí, buenas formas; tiene usted razón. Los hombres, lo mismo que las ideas, tienen que andar vestidos. Porque las ideas desnudas, además de que ofenden el pudor de los hipócritas—y éstos son mayoría—quedan las pobres expuestas al sol, al hielo, a la lluvia, al polvo. Además hay ideas contrahechas, jorobadas, torcidas, y algo se disimula vistiéndolas. Sí, sé que hay que vestir a las ideas, lo mismo que a los hombres. Pero discrepo de usted diametralmente en cuanto se refiere a la estética del traje, tanto para las ideas como para los hombres. Y sostengo que todos los de la camada de usted, que todo lo que presumen ustedes de vestirse bien y andan cuidando que no se les formen rodilleras en los pantalones, se visten ustedes mal, muy mal, rematadamente mal. Es decir, no se visten ustedes; les visten sus sastres.

Usted habrá acaso oído hablar de Tomás Carlyle, un escritor inglés con un estilo lleno de rodilleras, coderas, pliegues, arrugas y hasta zurcidos. Pues bien, este Carlyle escribió en su «Sartor resartus»—o sea, el sastre remendado—una





filosofía del traje que se la recomiendo a usted. Y se la recomiendo para que le levante dolor de cabeza. Ya que su cabeza no piense, al menos que sufra. Y tal vez sufriendo acabe por pensar.

No le sorprenda esto último que le digo. No puede llegarse al pensamiento, al verdadero pensamiento, al que vale la pena de ser pensado, sino por la pena, por el dolor. Y usted presume que odia el dolor, y hulle de él tanto como de la personalidad. Toda su... digamos filosofía práctica, a falta de otro nombre y por no llamarla por el suyo propio, se reduce a eso: en huir de toda molestia, de todo esfuerzo espiritual, de toda pena, y a buscar el placer. En uno que se escandaliza de las rodilleras, sea en los trajes de los hombres o en los de las ideas, hay siempre un epicúreo. Pero un epicúreo no en el alto sentido, en el de Epicuro, sino en el otro, en el de usted.

También en mi pueblo natal, en aquel en que nací y me crié, hay hoy bastantes mocetes que presumen de vestir bien, «dandys», «sportsmen», o como quiera usted llamarlos. Gentes bien, vamos al decir. Y menos mal que en esta vieja ciudad en que habito, llena de supremas elegancias arquitectónicas, donde nos viene de lo alto y de lo grande la lección de la forma, no se conoce esa casta de mentecatos. Y le digo a usted que aquellos mocetes que llevan remangados los pantalones aunque no haya ni barro ni polvo tendrán todo lo que usted quiera menos buen gusto ni sentido estético.

Si, sí, ya sé que entre ustedes, los de su frasca, la regla suprema es no desentonar, no destacarse. ¡Claro está! como naturalmente no se destaca ninguno de ustedes, han de cubrir esa falta de originalidad de alguna manera. ¿Quiéres usted que le diga toda la verdad de lo que pienso? Pues bien, esa nivelación ante el buen tono en el vestir no es sino una forma del instinto nivelador de las falsas democracias y este instinto es hijo de la envidia, que odia toda originalidad. Cuando no se ve modo de distinguirse y hacerse uno notar por la originalidad de su porte, se impone un uniforme. Y eso, créamelo, es una forma de inquisición. ¡Lo que debe costar entre una gente que se rige por tales principios el conquistar el derecho a la originalidad, y hasta la extravagancia!

Usted y sus compañeros de gusto—es decir, de falta de gusto, de «singerie»—merecen un presidente sastre. Quiero decir uno que vista y que se vista.

Y no crea, le repito, que ataco sus prejuicios por desprecio a la forma. ¡No, no, y mil veces no! Aprecio la forma tanto o mas que usted. Solo que, se lo repito—y va... la de cuentas—eso que usted llama buenas formas, son, como tales formas, malas, malísimas, ridículas, raiplonés, cursis, de mero remodo, de figurín. De figurín, fíjese bien, de figurín. No son ustedes sino figurines.

Aquel viejo y pintoresco traje de los paisanos de esa su tierra era algo y significaba algo, mientras que esa indumentaria a la inglesa que se cuelga usted de los hombros no es nada ni significa nada. Sólo significa una cosa y se lo diré a usted en francés: «singerie!»

Eso sí, ya lo sabe, debajo de eso está el hombre y alguna vez salta éste. Y entonces, cuando usted es usted y no su traje, entonces vale usted y significa algo. Un día me decían de uno—de uno, por cierto, de muy lejos de ese país de usted—que en cuanto se le rascaba un poco el barniz cosmopolita, aparecía el indio bravo. Y contesté al punto: y entonces es cuando yo le prefiero, porque entonces es alguien y representa y significa algo. Como aquí, entre nosotros, dicen que en cuanto se nos rasca el barniz europeo, aparece el berberisco. Y yo me quedo siempre con el berberisco sin barniz. ¿Cree usted que hay «dandy» en la ciudad espa-

ñola que mejores los produzca—y ese no es un producto que aquí prospere—que tenga la elegancia, natural y suprema elegancia, de uno de esos moros que saben envolver su gravedad nativa en la blanca gravedad de un amplio manto moruno?

\*

Al llegar a este punto cae en mis manos un artículo de José Ma. Salaverría, publicado en el diario «A B C», de Madrid, y titulado «El protocolo». Y como lo que en él se dice no deja de tener alguna relación aunque no directa e inmediata con lo que aquí vengo a usted, señor mío, diciéndolo, no renuncio a la tentación de comentarlo. Mas antes de entrar en ello debo hacer constar que lo que Salaverría entiende por buenas formas no es, me parece, lo que usted entiende por ellas. Porque este mi amigo y paisano dice que buenas formas es «respeto al prójimo, decencia en las funciones oficiales», y en llevar rodilleras, pongo por caso o en no vestir a la moda, en nada se falta al prójimo al respeto y en nada a la decencia de las funciones oficiales. Con tal de que se vaya limpio.

Pero dejando ahora los comentarios a lo que Salaverría dice, voy a acabar con usted.

Es decir, no, no, yo no quiero acabar con usted ni con sus congéneres. No tome esa expresión en el valor más crudo de su modismo. No; ustedes son indispensables a nuestra sociedad porque sin ustedes perdería uno de sus encantos, un encanto cómico. Los grandes pintores, los que como Velázquez saben expresarnos la dignidad con que un mendigo—que a las veces puede ser un ex rey, como Edipo o ex caudillo, como Belisario—se envuelve en sus hárapos podrán no tomarlos a ustedes de modelos, pero en cambio, lo son ustedes para los grandes caricaturistas. Y váyase lo uno por lo otro.

Además acaso cumplen ustedes, sin saberlo, una función de estética social. Son ustedes un contrapeso a la falsa originalidad, que degenera en grotesca extravagancia. Ya sabe usted, señor mío, que las carreras de caballos sirven para fomentar la cría de caballos de carrera; las corridas de toros para fomentar la cría de toros de lidia y los juegos florales para fomentar la producción de poesías joco-floralescas. Pero dicen que esos caballos de carrera cruzados con otros nos dan excelentes caballos de silla y de tiro, que los toros de lidia mantienen más pura la raza de bueyes de trabajo y carne,—aunque yo dude mucho de ello—y que las poesías joco-floralescas... En cuanto a estas

confieso no saber para qué puedan servir, como no sea para obtener flores naturales o artificiales. Y así ustedes son como sacerdotes de una especie de ideal. Los sacerdotes de la ortodoxia de la corrección de hoy, que será, ¡claro está! la incorrección de mañana.

Y tampoco me parece mal que juzguen ustedes a los demás por su manera de vestirse o por la manera que tienen de vestir sus ideas. ¿Por qué otra cosa han de juzgarlos? Nunca se me ha ocurrido exigirle a un ciego un juicio sobre pintura o a un sordo uno sobre música. Y si se les quita a ustedes el traje, ¿qué se les queda?

¡Las buenas formas! Sí, ya sé que hay personas que no quieren comprar ciertas latas de conservas porque dicen que van mal presentadas, cuando en rigor es que les embisten los colores de la cubierta. Y no por estética, no, ni mucho menos. Eso es un pretexto. Como usted mismo lo primero que mira en el traje que recibe no es el corte, sino la etiqueta, el marchamo.

¿Pero a qué seguir? Voy a dejarle a usted, pues, aunque proponiéndome volver a tomarle, en algún otro de sus aspectos, porque ustedes, los de sus frascas me divierten enormemente, y paso a comentar lo que Salaverría dice del protocolo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

